

MAX STIRNER

ensayo
sexto
piso

el único y su propiedad

**PRÓLOGO DE
ROBERTO CALASSO**

**TRADUCCIÓN DE
PEDRO GONZÁLEZ BLANCO**

El único y su propiedad

El único y su propiedad

Max Stirner

Traducción de Pedro González Blanco



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

título original:
Der Einzige und sein Eigentum

Primera edición: 2003
Segunda edición: 2014

Traducción
© Pedro González Blanco

Ensayo introductorio:
Accompagnamento alla lettura di Stirner
Copyright © Roberto Calasso 1991
Originally published by Adelphi Edizioni SpA Milano
All rights reserved
Traducción
© Joaquín Jordá

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sexto piso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Formación
Quinta del Agua Ediciones

Impresión
Kadmos

ISBN: 978-84-15601-84-5
Depósito legal: M-25524-2014

Impreso en España

ÍNDICE

Acompañamiento a la lectura de Stirner	9
--	---

EL ÚNICO Y SU PROPIEDAD

Introducción	
Yo he basado mi causa sobre nada	57
Primera parte	61
I. La vida de un hombre	65
II. Los antiguos y los modernos	73
Post-scriptum	211
Segunda parte	221
Yo	223
I. La propiedad – la individualidad	225
II. El propietario – el individuo	243
III. El único	447

ACOMPañAMIENTO A LA LECTURA DE STIRNER

De mala fama

Ya a los pocos años de su publicación se hablaba de *El único* como de un libro «de mala nota».¹ Y así ha quedado, en cierto modo: al igual que inútilmente buscaremos en las exhaustivas historias literarias referencias a algunos grandes textos pornográficos, tampoco encontraremos nada adecuado sobre Stirner en las historias de la filosofía. Sin embargo *El único* ha tenido, y tiene, numerosísimos lectores, esparcidos en todas partes del mundo, diversísimos por nivel, calidad, cultura, intenciones. Los más fieles, los que han sentido constantemente la atracción de Stirner, son los autodidactas y los delirantes. Más inseguros son los profesores, que parecen temer un desprestigio si se ocupan de Stirner, como ya había observado Zoccoli refiriéndose a la «cultura germánica» (aunque sus palabras valen para la cultura en general): «La Alemania intelectual, como condición para prestar oídos a las palabras de un pensador, le exige probar por activa y por pasiva que antes de encaramarse a las ideas no ha ignorado los hechos; que antes de pensar con su propia mente ha descubierto el pensamiento ajeno; en suma, que antes de tomar la palabra ha estudiado profunda y serenamente el libro de la ciencia y de la vida.

»Max Stirner no satisfizo en absoluto estas exigencias de la cultura germánica. Fue un solitario. Escribió un único libro,

1. F. A. Lange, *Geschichte des Materialismus*, Iserlohn, 1866, p. 292; la opinión aparece después arraigada, así leeremos; «El único, libro famoso, o, para ser más exactos, de mala fama», en W. Ed. Biermann, *Anarchismus und Kommunismus*, Leipzig, 1906, p. 52.

en el que los hechos están sobreentendidos y abundan los atajos sintéticos; en el que las aseveraciones abstractas excluyen por completo las investigaciones empíricas; en el que la metafísica predomina sobre la realidad histórica».² Si desembarazamos estas palabras de un leve polvo humbertino, tendremos las razones de la suspicacia que sigue pesando sobre Stirner. Juega a su favor, sin embargo, que, con *La ideología alemana*, Marx y Engels hayan dedicado a *El único* una crítica tan voluminosa como el mismo libro, como admitiría el propio Engels.³ Eso autoriza a considerar sin titubeos a Stirner como material citable. Las notas que siguen, un fragmento de «bibliografía contada», se proponen ofrecer algún asidero útil a quien lea hoy *El único*.

Aparición de *El único*

El 1 de octubre de 1844 el profesor Johann Caspar Schmidt, de treinta y ocho años, hijo de un fabricante de flautas, nacido en Bayreuth, abandonó el Lehr-und Erziehungs Anstalt für höhere Töchter de Madame Gropius, escuela privada para muchachas de buena familia, establecida en Berlín, en el número 4 del Köllnischer Fischmarkt. Había enseñado allí desde 1839. En el transcurso del mismo año el editor Wigand de Leipzig, a quien se dirigía el radicalismo político y filosófico del momento (había editado a Ruge y Feuerbach, pero también aquel *Socialismus und Communismus des heutigen Frankreichs* de Lorenz von Stein que ya hablaba de «lucha de clase» y hacía soñar a Bakunin con sectas y levantamientos en la tierra prohibida de las revoluciones), publicaba en una tirada de mil ejemplares *El único* y su propiedad, primer libro de Schmidt,

2. I gruppi anarchici degli Stati Uniti e topera di Max Stirner, Módena, 1901, pp. 31-32.
3. Carta a M. Hildebrand del 22 de octubre de 1889, en *Marx Engels Werke* = mew, Berlín, 1956 sigs., vol. xxxvii, p. 293.

que aquí firmaba como Stirner, al igual que lo había hecho en varios artículos aparecidos en diarios y revistas en los tres años anteriores. En la portada se leía, sin embargo, la fecha 1845.

El 26 de octubre Otto Wigand presentaba un ejemplar del libro a las autoridades de la Königlich-Sächsische Kreis-Direktion. El 28 de octubre el único era secuestrado, con el siguiente argumento: «Puesto que, en pasajes concretos del tal escrito, no sólo Dios, Cristo, la Iglesia y la religión en general son objeto de la más inconveniente blasfemia, sino que también todo el orden social, el Estado y el gobierno se definen como algo que ya no debería existir, mientras que se justifican la mentira, el perjurio, el asesinato y el suicidio, y se niega el derecho de propiedad». Pero el 2 de noviembre el ministro Von Falkenstein volvía a autorizar la circulación del libro. No, escribía, porque se pudiera decir que faltaran motivos para el secuestro, «ya que en pasajes concretos de este libro no sólo hay un desprecio de lo que es sagrado para la religión y para la Iglesia, sino que parece incluso ser un intento de minar los fundamentos religiosos y morales de toda la vida social, para instaurar en su lugar un sistema del más burdo egoísmo». Aun así, el ministro consideraba más oportuno anular el secuestro: «Este libro, tanto por su volumen (491 páginas en octavo), como por su lenguaje y su tono, no podrá causar una impresión nociva sobre las personas entre las que podría circular. Incluso, si prescindimos de considerar cuáles sean las intenciones reales del autor, parece adecuado para mostrar con toda crudeza las consecuencias no sólo de la filosofía que aquí es puesta en discusión, sino también de la que el propio autor aplica, revelando así a qué lamentables resultados lleva y a qué extremo llegaría la humanidad si dicha filosofía fuera aplicada en la vida práctica, posibilidad que, por otra parte, aquí se presupone. Este libro se lee en gran parte como si fuera irónico y se refutara clamorosamente a sí mismo...». Por ello, más allá del «problema de la validez jurídica» de la decisión, que el ministro aceptaba, se planteaba el de su «utilidad y necesidad real en relación con el bien público». Sobre éstas se avanzaban

dudas. El ministro Von Arnim fue de opinión contraria e hizo secuestrar el libro el 7 de noviembre, mientras fuera de Prusia seguía circulando libremente. El Consejo Superior Prusiano de Censura decidiría el 26 de agosto de 1845 confirmar definitivamente el secuestro, ya que el libro atacaba «de la manera más decidida la religión y la moralidad en general, así como cualquier ordenamiento político y social», ofreciendo la «legitimación para cualquier delito».⁴

Cartas sobre *El único*

Recién editado *El único* y apenas publicada la primera crítica, tres cartas comentan su aparición, recorriendo Europa entre remitentes y destinatarios ilustres: Engels a Marx, Feuerbach a su hermano, Ruge al editor Fröbel. Son tres reacciones inmediatas, y casi febriles, a la lectura. Y, por motivos diversos, cada uno de los remitentes reconoce, aunque temeroso, cierto entusiasmo por el libro. Pasarán los años, y los destinos de los tres que escribieron aquellas cartas se harán cada vez más divergentes. Pero en una cosa estarán, sin saberlo, todos de acuerdo: en condenar a Stirner..., y en particular en no mencionarlo.

Engels, carta del 19 de noviembre a Marx, de Barmen a París: «Habrás oído hablar del libro de Stirner, *El único* y su propiedad, si es que no te ha llegado ya. Wigand me había mandado las galeradas, que me llevé conmigo a Colonia y dejé después a Hess. El principio del noble Stirner –ya sabes, aquel Schmidt de Berlín que escribió sobre los *Mystères de Paris* en la revista de Buhl– es el egoísmo de Bentham, sólo que en su caso desarrollado por una parte con mayor consecuencia y, por otra, con menor. Con mayor consecuencia porque St[irner] sitúa al individuo, en tanto que ateo, por encima de Dios o

4. Documentos del Landesarchiv de Bautzen, indicaciones en B. Andrés y W. Mönke, *Neue Daten zur «Deutschen Ideologie»*, en «Archiv für Sozialgeschichte», viii, 1968, pp. 18-19.

incluso como ente último, mientras que Bentham deja todavía a Dios por encima de todo en una neblinosa lejanía; en pocas palabras, porque St[irner] se apoya en el idealismo alemán, como idealista converso al materialismo y al empirismo, mientras que Bentham es un mero empirista. Menos consecuente es St[irner] en tanto que desearía evitar la reconstrucción de la sociedad disuelta en átomos, como propone B[entham], pero no lo consigue. Este egoísmo no es más que la esencia llevada a conciencia de la sociedad de hoy, la última cosa que la sociedad de hoy puede decir contra nosotros, la punta afilada de cualquier teoría que se mueva dentro de la estupidez corriente. Pero por esto mismo la cosa es importante, más importante de como, por ejemplo, la ve Hess. No debemos arrinconarla, sino explotarla precisamente como perfecta expresión de la locura corriente y, operando en ella una inversión, seguir construyendo encima. Este egoísmo está tan llevado al extremo, es tan loco y al mismo tiempo tan consciente de sí que, en su unilateralidad, no puede sostenerse un solo momento, sino que debe convertirse inmediatamente en comunismo». Pero, una vez derrotada la unilateralidad, ya entonces condenada en nombre de lo Total y de lo Omnilateral, Engels consideraba que, en El único, se descubriría un núcleo sustancioso de verdad: «y es cierto aquí, en todo caso, que nosotros debemos en primer lugar convertir una cosa en nuestra, propia, egoísta, antes de poder hacer algo por ella: que nosotros por consiguiente, en este sentido, e incluso prescindiendo de eventuales esperanzas materiales, somos comunistas también por egoísmo, y por egoísmo queremos ser hombres, no simples individuos. O, por decirlo de otro modo: St[irner] tiene razón cuando rechaza el “hombre” de Feuerbach, por lo menos el de la Esencia del cristianismo; el “hombre” de F[euerebach] está derivado de Dios, F[euerebach] ha llegado de Dios al “hombre”, y así el “hombre” es coronado por una aureola teológica de abstracción. El auténtico camino para llegar al “hombre” es el camino inverso. Nosotros debemos partir del yo, del individuo empírico, corpóreo; pero no para permanecer pegados a él, como le

sucede a S[tirner] sino para auparnos de allí al hombre». Pocas líneas después, Engels llegará al punto de exigir una posterior agudización del egoísmo stirneriano: «Pero si el individuo de carne y hueso es la auténtica base, el auténtico punto de partida para nuestro “hombre”, también evidentemente el egoísmo –no sólo, naturalmente, el egoísmo stirneriano del intelecto, sino también el egoísmo del corazón– es el punto de partida para nuestro amor por los hombres; de no ser así, permanecería suspendido en el aire». Y, como es habitual, es justo este quedar colgado en el aire lo que molesta a Engels. Crece su impaciencia ante cualquier «cháchara teórica». Stirner se le aparece como su última y más fascinante derivación. «El libro de Stirner muestra una vez más cuán profundamente arraigada está la abstracción en la esencia berlinesa. Evidentemente, S[tirner] es el que tiene más talento, independencia y precisión de todos los “Libres”, pero, a pesar de ello, también se dedica a hacer piroetas de la abstracción idealista a la materialista sin llegar a nada». ⁵ Habrá que recordar estas apreciaciones al leer, en *La ideología alemana*, las rabiosas páginas dedicadas a Stirner, presentado entonces por Engels como «el más débil e ignorante de esa confraternidad filosófica [el grupo de los Libres]». ⁶

Feuerbach, carta a su hermano, finales de 1844: su primera impresión es que *El único* es una obra «de extrema inteligencia y genialidad», que tiene a su favor «la verdad del egoísmo aunque sea excéntrica, unilateral, no verdadera». ⁷ Feuerbach prosigue diciendo que la polémica de Stirner contra la antropología (o sea contra él mismo) está basada en un malentendido. Por lo demás, lo considera «el escritor más genial y libre que jamás haya conocido». ⁸ Así, al principio Feuerbach pensó

5. MEW, vol. xxvii, pp. 11-13.

6. MEW, vol. III, p. 168.

7. Citado en W Bolin, *Ludwig Feuerbach*, Stuttgart, 1891, p. 106.

8. Loc. cit.

en dar a Stirner una respuesta ligera y amistosa, en forma de una carta abierta que habría debido comenzar con las siguientes palabras: «“Indecible” e “incomparable”, amable egoísta: al igual que su propio escrito, su juicio sobre mí es realmente “incomparable” y “único”». Pero no tardaron en predominar la prudencia y la sospecha: ya en otra carta a su hermano, del 13 de diciembre, Feuerbach insinúa que «los ataques de Stirner delatan una cierta vanidad, como si quisiera hacerse un nombre a expensas del mío». Finalmente, en la recensión que después decidió dedicar a *El único*, Feuerbach se muestra temeroso y preocupado, ante todo, por defenderse. No quiere hacer concesiones a Stirner y tutela la honorabilidad de la propia doctrina. Después, el silencio. En 1861, en una carta a Julius Duboc, recordará esa vieja polémica como una cuestión liquidada para siempre.⁹

Ruge, cartas de noviembre-diciembre de 1844 al editor Fröbel. Primeras noticias sobre Stirner en una nota de noviembre, desde París: allí se dice que los poemas de Heine y *El único* de Stirner son «las dos novelas más importantes de los últimos tiempos». Las audacias de los «Deutsch-französischen Jahrbücher» (entiéndase: de Marx) quedan ahora «ampliamente superadas». Al principio protector y amigo, después áspero enemigo de Marx, Ruge mezcla en otra carta a Fröbel, de pocos días después (6 de diciembre), los elogios a Stirner con las estocadas a Marx: «Marx profesa el comunismo, pero es el fanático del egoísmo, y con una conciencia todavía más encubierta que Bauer. El egoísmo hipócrita es la manía de hacerse el genio, su asemejarse a Cristo, su rabinismo, el sacerdote y las víctimas humanas (guillotina) reaparecen por tanto en primer plano. El fanatismo ateo y comunista sigue siendo en realidad el del cristianismo. Rechinando los dientes y riendo, Marx enviaría al degolladero a todos los que obstaculizan su camino,

9. Ausgewählte Briefe van und an Ludwig Feuerbach, Leipzig, 1904, vol. II, p. 259.

nuevo Babeuf. Él se imagina esta fiesta, ya que no puede celebrarla. El egoísmo fanático está lleno de culpas y de pecado; mientras que el egoísmo que consigue confesarse libremente es aquel puro, que no vive como un vampiro de la sangre del hombre, con la excusa de entenderlo como "hereje", "monstruo inhumano", "editor", "comerciante", "capitalista", "burgués"... y así sucesivamente. El egoísmo de una persona mezquina es mezquino, el de un fanático es hipócrita, falso y ávido de sangre, el de un hombre honesto es honesto. Porque cada cual quiere y debe quererse a sí mismo, y en la medida en que cada cual lo quiere realmente los abusos se equilibran. Le he hecho los elogios del libro de Stirner (Schmidt)».

Después, en una carta del 17 de diciembre a su madre, Ruge reanuda el discurso sobre Stirner: «El libro de Max Stirner (Schmidt), que quizá también Ludwig conoce (frecuentaba de noche la taberna de Walburg y se sentaba delante de nosotros), es una extraña aparición. Muchos pasajes son absolutamente magistrales, y el efecto del conjunto sólo puede ser liberatorio. Es el primer libro legible de filosofía que aparece en Alemania; y podría decirse que ha aparecido el primer hombre desprovisto por completo de pedantería y antigüallería, y prácticamente desenvuelto, de no ser que le quita parte de desenvoltura su propia fijación, que es la unicidad. En todo caso me ha dado una gran alegría ver que la disolución ha alcanzado ahora esta forma total, por la que nadie puede jurar impunemente sobre nada». ¹⁰ Pero, también en Ruge, su entusiasmo por Stirner duró bien poco. Ya en 1847 aprueba celosamente el violento ataque de Kuno Fischer contra Stirner y los «sofistas modernos», que señala el inicio de la campaña para borrar a *El único* como libro de mala nota. Y, cuando Stirner publica su réplica, Ruge le sugiere inmediatamente a Fischer: «Será oportuno que responda a Stirner con una carta y le haga caer de nuevo bajo el peso de su fundamental estupidez. Esta clase de gente se enfu-

10. Briefwechsel und Tagebuchblätter aus den Jahren 1825-1880, Berlin, 1886, vol. i, pp. 379, 381-82, 386.

rece si alguien les demuestra su falta de genialidad y argucia, porque a la postre todo va a parar en el hecho de que ellos son genios y los demás son unos asnos... Confunden el movimiento teológico con el movimiento filosófico o, en otras palabras, la praxis de la arbitrariedad con la praxis de la libertad».¹¹

Primeros comentaristas

La primera mención a *El único* aparecida en la prensa se cuenta en una breve correspondencia de Berlín de la «Mannheimer Abendzeitung» (12 de noviembre de 1844). Después de haber presentado a Stirner como «íntimo amigo» de Bruno Bauer, el anónimo periodista explica que, sin embargo, *El único* es un ataque a fondo contra el «punto de vista del “liberalismo humanitario”» (que era el de Bauer). Pero lo que más le impresiona es el extremismo de Stirner: «Con este libro la tendencia neohegeliana alcanza su extremo: la libertad del espíritu subjetivo es buscada aquí en el total desenfreno del individuo, en la individualidad propia de cada hombre, en el egoísmo». Aunque asustado, el redactor se siente, sin embargo, atraído por Stirner: «Si bien este principio, tal como aquí aparece, es todavía demasiado unilateral e insostenible, se apoya, no obstante, en intuiciones justas y verdaderas y, si es oportunamente filtrado, podrá revelarse fecundo». Este primer comentarista esperaba de *El único* un escalofrío..., y lo tuvo. Eran los años culminantes de la «crítica crítica», de la crítica que «avanza sin tregua»: ¹² parecía natural la expectativa de algo que obligara a decir un «hemos llegado demasiado lejos», que confundiera todas las precedentes confusiones como demasiado tímidas y cautas. Y al fin aparecía esa obra. La última fase del «proceso de descomposición del espíritu absoluto»¹³ se estaba

11. Ibid., p. 429.

12. *Der Einzige und sein Eigentum*, Stuttgart, 1972, pp. 153 y 159.

13. Marx-Engels, *La ideología alemana*, mew, vol. iii, p. 17.

cumpliendo. Después de haber disparado, de 1842 en adelante, algún cartucho con sus ensayos breves (el más importante, El falso principio de nuestra educación, había aparecido en la «Rheinische Zeitung», la gaceta en la que también colaboraba Marx, que se convirtió en su redactor-jefe, por ominosa coincidencia, dos días después de que Stirner publicara su último artículo), el silencioso y retirado Stirner se presenta ahora con una obra maciza que tenía una sola pretensión: la de sepultar la filosofía en general.

Las primeras críticas extensas y articuladas a su libro llegaron, por orden de prestigio, de Feuerbach,¹⁴ de Hess,¹⁵ y del oficial prusiano, y futuro general, Szeliga.¹⁶

Stirner las contestó con un ensayo que reafirma las tesis de El único haciéndolas, si cabe, aún más intolerables.¹⁷ Lo mismo sucedió dos años después, cuando el ilustre historiador de la filosofía Kuno Fischer atacó con violencia el libro de Stirner. La respuesta del autor (pero firmada G. Edward) sería también esta vez dura y sarcástica.¹⁸

Después de El único, la actividad pública de Stirner parece deshilacharse hasta desaparecer. Publica traducciones de J. B. Say y de Adam Smith, que debieran ir acompañadas de un comentario suyo, pues en la primera se anuncia el comentario para la segunda..., y en la segunda el comentario falta sin ninguna justificación; en 1848 escribe para el «Journal des

14. Hoy en Werke, vol. iv, Frankfurt, 1975, pp. 69-80.

15. En forma de panfleto: Die letzten Philosophen, Darmstat, 1845, después en Sozialistische Aufsätze 1841-1847, Berlín, 1921, pp. 188-206.

16. En los «Norddeutsche Blätter» de marzo de 1845; pero el voluntarioso Szeliga, blanco predilecto de Marx y Engels, y también de Stirner, intentaría incorporar algo de Stirner en un panfleto del año siguiente, donde en la conclusión afirma que «demuestra una gran falta de claridad señalar al egoísmo como el enemigo de la reforma universal; es, por el contrario, su precursor, su dura escuela», en Die Universalreform und der Egoismus, Charlottenburg, 1846, p. 27.

17. Recensenten Stirners, reeditado después por Mackay en los Kleinere Schriften, Berlín, 1914, pp. 343-396.

18. Die philosophischen Reaktionäre, después en los Kleinere Schriften, cit., pp. 401-415.

österreichischen Lloyds» una serie de secas crónicas políticas, punteadas aquí y allá con alusiones esotéricas, pero no las firma; incluso los dos volúmenes de la *Geschichte der Reaktion*, publicados en Berlín en 1852, ocultan detrás de un título tan incitante un trabajo de compilación, una antología de perfil huidizo, donde Stirner aparece irónicamente en unas pocas líneas ocultas. Con *El único* y con las dos réplicas a sus primeros críticos puede decirse que Stirner declaró el silencio y que después lo mantuvo. Y mientras tanto, el mundo lo decretaba sobre él. Cuando Stirner muere –se dice que a causa de la infección, por una mosca, de un forúnculo que le había salido en el cuello (uno de esos dolorosos ántrax que torturaron a Marx durante años, en el ano, mientras escribía *El capital*)– pocos amigos asisten a su funeral y pocos diarios lo notifican. Era junio de 1856.

Berlín

Para entender la atmósfera berlinesa de los años cuarenta, aquella peculiar mezcla de Espíritu Absoluto y espíritu tendero, de puritanismo rancio y nobles aspiraciones, de respeto santurrón y furia «crítica», que tanto enfurecía a Marx, impaciente por salir de ella como del último gueto, no sirve de mucho seguir los textos de los diversos jóvenes-hegelianos próximos a Stirner, desde los dos Bauer al mismo Feuerbach, como no sea para comprobar cuán ignorantes eran todos ellos de las cosas de la vida. Cualquier nègre de la redacción de un diario de París alrededor de 1830 estaba obligado, en cierto modo, a conocerlas mejor. Esto hace mucho más atroces las estridencias que Stirner consigue producir entre lo sublime y lo ridículo, asumiendo, para ridiculizarlo, el lenguaje de toda la tradición idealista.

Pero hay un libro aún lleno de vida, que nos describe la ciudad en aquel momento –de los camareros a los flâneurs, de los confidentes de la policía a los banqueros, de las putas a los

artesanos– y ofrece una perspectiva bien calculada a sus angustias anímicas. Es el Berlín de Dronke, en el que Stirner aparece fugazmente, como cuando Dronke relata la indecente escena de su boda, con los amigos que juegan cartas, los esposos que se han olvidado los anillos y Bruno Bauer que saca dos de latón de su cartera para remediarlo. La ciudad había temblado ante tanta impiedad. Y es justamente Dronke quien utiliza la palabra *Übermensch* a propósito de Stirner y de sus amigos: «Ya que están por encima de la vida, la vida perseguirá su fin de la mejor manera, despreocupándose de las “locuras” de los superhombres filosóficos».¹⁹

Aproximación ocasional a Stirner de una palabra a punto de estallar. Y no es el único caso: una de las primeras apariciones del término *Nihilismus* en Alemania, después de aquellas en Jean Paul y en Jacobi señaladas por Heidegger, es en una nota del diario filosófico de Karl Rosenkranz a propósito de *El único*.²⁰

Ideología alemana

A muchos, hoy, el nombre de Stirner sólo les dice algo porque Marx y Engels hablan de él en *La ideología alemana*. Y, en realidad, leer *El único* teniendo al lado el comentario de Marx y Engels sigue siendo un ejercicio ascético inevitable para cualquier buen lector de Stirner (y de Marx).

El texto de *La ideología alemana* tuvo una historia extremadamente tortuosa. Todo comienza con la carta de Engels a Marx del 19 de noviembre de 1844, dedicada a una apasionada exploración de *El único*. Demasiado apasionada y demasiado predispuesta a encontrar en ese libro elementos aceptables y utilizables. Marx, que desde el comienzo, con su habitual clarividencia política, había visto en Stirner al *Enemigo*, debió de

19. Berlín, Frankfurt, 1846, vol. ii, p. 116.

20. Aus einem Tagebuch, Leipzig, 1854, p. 133.

contestarle a Engels con aspereza. Pero, sin embargo, la carta se ha perdido. En respuesta, en enero de 1845 Engels rectifica con una retirada carente de dignidad. Pasan unos cuantos meses: a la vuelta de un viaje veraniego por Inglaterra, Marx y Engels deciden proceder a una definitiva liquidación de los jóvenes-hegelianos entre los cuales habían crecido. Una primera liquidación, *La sagrada familia*, ya había aparecido pocos meses antes: pero esta vez el libro está centrado claramente en un adversario: Max Stirner. Aparece una crítica de *El único* que ocupa trescientas veinte de las densas páginas de la MEW. Línea tras línea, las afirmaciones de Stirner son aisladas, agredidas, manipuladas. Y las astucias del procedimiento revelarán no tanto los secretos de Stirner como los de Marx y Engels en una de sus facetas de irreversible transformación: aquélla en la que Marx inventa el marxismo como lengua franca. Ese manuscrito informe es el laboratorio del que hace salir cualquier futura Internacional, pero sobre todo la iii, aunque *La ideología alemana* abunde en afirmaciones antisoviéticas.

Llevada a cabo la obra destructiva, arquetipo de cualquier futura extirpación de anarquistas e individualistas pequeño-burgueses (entiéndase por ello, con leves variaciones según el momento, la casi totalidad de las manifestaciones humanas), Marx y Engels intentaron durante varios meses publicar su texto. Pero, después de laboriosas negociaciones, en determinado momento fallaron los fondos. Urgían otras destrucciones, sobre todo la de Proudhon (y Marx pediría permiso a Engels para trasvasar varios temas de la *Ideología alemana* a la *Miseria de la filosofía*). Así que *La ideología alemana* retornó al gran desván de los inéditos de Marx. Allí quedó expuesta a la «crítica roedora de los ratones», que estropeó muchas hojas. A Marx no le disgustaba demasiado: como insinuaría en la introducción a *Para una crítica de la economía política* (1859), aquel escrito ya había cumplido su función oculta, la de un «esclarecimiento de sí mismos» por parte de sus dos autores. Y aquel esclarecimiento había sido al mismo tiempo demasiado íntimo y demasiado drástico para que se pudiera hacer público.

Algo semejante debía de pensar también Engels, en medio de sus bandazos. En 1883 proponía a Bernstein publicar por entregas el manuscrito de La ideología alemana en el folletín del «Sozialdemokrat», y definía el texto como «la cosa más insolente que jamás se ha escrito en lengua alemana».²¹ Pero se arrepintió inmediatamente de su idea porque, según Bernstein, temía que el texto ofendería a una cierta derecha socialdemócrata.²² En cuanto a Stirner, Engels dejaría escapar sobre él un último juicio revelador, que explica retrospectivamente los motivos políticos de la Ideología alemana en términos muy diferentes, y mucho más convincentes, respecto a los que Marx-Engels habían propuesto en su texto: «Stirner ha vivido su renacimiento a través de Bakunin, el cual, entre otras cosas, se hallaba también en Berlín en aquel tiempo y se sentaba delante de mí, con otros cuatro o cinco rusos, en el curso de lógica de Werder (era el 1841-1842). La inocua, y sólo etimológica, anarquía (o sea ausencia de una autoridad estatal) de Proudhon no habría llevado nunca a las doctrinas anarquistas de hoy si Bakunin no hubiera vertido en ella una buena parte de la “rebelión” stirneriana. En consecuencia, los anarquistas se han vuelto otros tantos “únicos”; tan únicos, que no se encuentra a dos que consigan ponerse de acuerdo».²³ Éste es el contrapunto privado al breve y alusivo reconocimiento público que Engels acababa de dedicar a Stirner: «Y al final llegó Stirner, el profeta del anarquismo actual –Bakunin ha tomado muchísimo de él–, y por encima de la soberana “autoconciencia” hizo ondear su “único” soberano».²⁴

El Antistirner, como sería justo denominar el libro contra Stirner que irrumpe del marco de la Ideología alemana, acabó

21. mew, vol. xxxvi, p. 39.

22. Marx und der «wahre» Sozialismus, en «Die Neue Zeit», xii, 2, 1895, p. 217.

23. Carta a Max Hildebrand del 22 de octubre de 1889, en mew, vol. xxxvii, p. 293.

24. Ludwig Feuerbach und der Anfang der deutschen Philosophie [1888], en mew, vol. xxi, p. 271.

por ser publicado después de la muerte tanto de Marx como de Engels. En 1903-1904 Bernstein ofrecía una edición parcial de él bajo el título *Der «Heilige Max»*. Así pues, hasta entonces no se sabía que Stirner era un adversario al que Marx y Engels habían dedicado centenares de páginas para infamarlo. Esto ayuda a entender cómo es posible que, todavía en los años noventa, varios teóricos y estudiosos socialistas siguieran mostrando una evidente simpatía por Stirner.²⁵

El profesor

El único sólo había encontrado lectores hasta entonces entre los iluminados de izquierda, entre esos abuelos hegelianos de un bienintencionado radicalismo, preocupados por la Humanidad, la Libertad, el Progreso, etc. La última confirmación nos viene de la réplica vibrante, pero «entre personas educadas», que el buen Friedmund, hijo de Bettina von Arnim (y muchos atribuyeron el artículo a la madre), lanzaría contra Stirner.²⁶ También Marx y Engels habían insultado a Stirner de todas las maneras posibles, aunque siempre intentando situarlo dentro del círculo de los Buenos un poco tontos (Feuerbach, B. Bauer y los demás). La faz criminal del crimen era perdonada como una boutade algo atrevida. Se silenciaban los repentinos accesos de brutalidad que devastan las articulaciones del texto. Pero llegaba la era del «sentido histórico», que normalizaría la filosofía en historia de la filosofía, atacando aquel aspecto extremo que corresponde al propio pensar y que sólo resurgiría con la «magia del extremo» de Nietzsche. La venganza del «sentido histórico» sobre Stirner adoptó inicialmente el nombre ejemplar de Kuno Fischer. Como comenta el adorable

25. E. Bernstein, *Die soziale Theorie des Anarchismus*, en «Die Neue Zeit», x, 1, 1891-1892, pp. 421-428; F. Mehring, *Geschichte der Sozialdemokratie*, Stuttgart, 1897, vol. i, p. 203.

26. *Die Auflösung des Einzigen durch den Menschen*, en «Die Epigonen», iv, 1847, pp. 189-251.

Mauthner: «Ya es una prueba de la importancia de Stirner que un hombre nacido viejo, nacido Excelencia como el profesor Kuno Fischer, haya quedado tan mal con él, como también quedaría con Schopenhauer y al final con Nietzsche».²⁷

Antes aún de que Kuno Fischer comenzara a publicar su manual de historia de la filosofía moderna, que pretendía rectificar la amenazadora vertiginosidad del pensamiento en los decenios precedentes, un panfleto contra Stirner anunciaba ya sus intenciones de alejar a cualquier indecente intruso del gradual y prudente ascenso evolutivo que la historia del pensamiento debía ser, si quería realmente culminar, como se demostró, en el repugnante connubio Hegel-Darwin. Sin embargo, Fischer trató el caso Stirner todavía con algunas consideraciones. Su ensayo, que tiene una indudable agilidad de gesto, se lee hoy sobre todo porque algunas expresiones han asumido con el tiempo un significado esotérico, del que Fischer no parece haber sido consciente. Citaré sólo ésas. Fischer ve el libro de Stirner como un intento de golpe de Estado: «La autonomía sofística del sujeto contra la autonomía jerárquica del pensamiento; ¿qué otra cosa es sino un cambio de dinastía, una revolución de julio del pensamiento?».²⁸ En cuanto a la «sofística», es presentada como el «supremo enemigo» del pensamiento, el «principio diabólico que le es propio»,²⁹ y por ello sombra ineludible que ahora amenazaba con engullir el cuerpo mismo del pensamiento. La filosofía de Hegel, este «panteón de todos los sistemas»,³⁰ había producido su propio Doble sofista, como una reacción alérgica que ahora perseguía y traspasaba el pensamiento en cada uno de sus rincones: «Es la reacción del sujeto casual contra el sujeto libre, de la personalidad no filosófica contra la filosófica, de la

27. *Der Atheismus und seine Geschichte in Abendlande*, Stuttgart-Berlín, 1923, vol. iv, p. 216.

28. *Moderne Sophisten*, reeditado en «Die Epigonen», v, 1848, p. 279.

29. *Ibid.*, p. 277.

30. *Ibid.*, p. 280.

brutalidad contra la cultura...».³¹ La «lucha contra la cultura», criatura incubada por el siglo didáctico por excelencia, estaba asomando, pues, su cabecita maligna en el senado de los espíritus: ¡ya aparece el fantasma de los Tuileries en llamas, que alimentaría pesadillas en Nietzsche (y Fischer escribía en los umbrales del 48)! Fischer fue el primero, aunque con todo tipo de cautelas, que olisqueó la barbarie en Stirner.

No sólo eso: descubrió su origen en la articulación más elevada y delicada a la que había llegado el pensamiento: aquella perenne charla entre Sustancia y Sujeto que se ha depositado en forma de novela en la Fenomenología del espíritu. El daimon stirneriano operaba aplastando aquella «diferencia dialéctica», de modo que «el sujeto, y precisamente el concreto, atomístico, se convertía en la fatalidad de la sustancia», abandonándose a «disfrutar de sí mismo en la destrucción de todas las fuerzas sustanciales, de todos los pensamientos dominantes»,³² transformándose en «pura negatividad». (Abandonémonos también nosotros a saborear en estas expresiones todo lo que habrían liberado). Para la historia, Stirner tenía que ofrecer solamente el «texto de una lápida».³³ Lo que Hegel había anunciado no era, por consiguiente, el *mysterium coniunctionis* entre Sujeto y Sustancia, sino la obra devastadora de la pureza: «La pura autoconciencia es, en verdad, aniquilamiento de la sustancia».³⁴ Ahora se abre un «movimiento sin puntos de apoyo de la nada a la nada».³⁵

Todas las citas anteriores se refieren a Stirner, pero están sacadas de la primera parte del panfleto de Kuno Fischer, dedicada también a los habituales y más nobles pródromos (Feuerbach, los Bauer, etc.) del desastre. A la hora de tratar directamente de El único, Fischer banaliza su discurso y al mismo tiempo tiende a degradar el fenómeno Stirner, a expulsarlo

31. Loc. cit.

32. Ibid., p. 281.

33. Loc. cit.

34. Ibid., p. 286.

35. Ibid., p. 287.

del pensamiento. Pero tampoco aquí faltan las anticipaciones: «Fragmentar egoísticamente a los hombres en átomos brutales, no quiere decir, en realidad, otra cosa que buscar para ello un perro pastor [aquí comienza, todavía eufemísticamente, a delinarse Hitler], y quien comience a asestar palos sabrá perfectamente que el gendarme no está lejos».³⁶ En su prolija exposición de *El único*, Fischer se detiene sobre todo en el nuevo rostro del sujeto, desvelado por la «monomanía» de Stirner: «La sofística [por tanto Stirner] ha nombrado al individuo tosco y brutal como sucesor del espíritu».³⁷ El historiador quisiera mantener hasta el final una superior ironía delante de este pensamiento degenerante. Pero al final no aguanta: le exaspera la risa siniestra que Stirner atribuye al único; y entonces no puede reprimir una censura que delata su solemne vacuidad: «La risa es un acto que, en general, sólo es posible para el espíritu; sólo el sujeto completo, racional, idéntico a la esencia del mundo puede realmente reír. La risa es la disolución del egoísmo y la alteración del individuo; con ella os veis irrevocablemente entregados al mundo de los espíritus».³⁸ Con esta realmente excesiva pretensión de que sólo se puede reír desde una cátedra, Kuno Fischer cerraba de golpe con la puerta del colegio en las narices del indigno profesor Max Stirner. A partir de ese momento, ya no encontraría éste a sus compañeros entre los filósofos en el café, sino en la cárcel por deudas, entre los delincuentes, los estafadores y los desarrapados del espíritu y de la vida. Sin embargo, su risa no ha cesado jamás.

La respuesta de Stirner a Kuno Fischer es la última sarta de palabras que procede del círculo de *El único*. Aparece en los «Epigonen» con la firma G. Edward, pero es difícil dudar de que el autor fuera el propio Stirner. Tono apenas un poco

36. *Ibid.*, p. 300.

37. *Ibid.*, p. 309.

38. *Ibid.*, p. 311.

resentido, menos suelto que en las réplicas precedentes. Aquí Stirner acepta la técnica habitual, ya utilizada también por Fischer, de yuxtaponer citas para mostrar su incoherencia. Técnica que en su caso aparece sin brillo, mientras Stirner se revela de nuevo admirable en los rasgos de sarcasmo brutal y directo. No hay mucho que destacar en esas páginas, a no ser unas pocas líneas esenciales y testamentarias, la auténtica despedida de Stirner: «Yo quiero solamente ser yo; yo desprecio la naturaleza, los hombres y sus leyes, la sociedad humana y su amor, y rescindo cualquier relación natural con ella, hasta la del lenguaje. A todas las exigencias de vuestro deber, a todas las designaciones de vuestro juicio categórico contrapongo la “ataraxia” de mi yo; y ya hago una concesión si me sirvo del lenguaje, yo soy el “indecible”, “yo sólo me muestro” ¿Y no os ataco quizá, con el terrorismo de mi yo, que rechaza todo lo que es humano, tanto como vosotros a mí con vuestro terrorismo humanitario, que me marca inmediatamente como “monstruo inhumano”, si comete algo contra vuestro catecismo, si no me dejo estorbar en el disfrute de yo mismo?». ³⁹ Kuno Fischer debe de haber visto en estas palabras una confirmación de la indecorosidad del adversario. En su contrarréplica se transpara la atención de arrojarlo a los desechos de la humanidad. En ella se habla del «baile de san Vito de un sofista que traiciona una actitud ridícula a cada movimiento y una estupidez a cada salto». ⁴⁰ Con la baqueta alzada, Fischer distingue (¡ah, la inagotable repetitividad de Occidente!) entre las «leyes de la libertad ética» y la «arbitrariedad sin ley, que disuelve los límites de la autodeterminación espiritual en el vacío cero de su dialéctica abstracta». Inútil preguntarse de qué lado está Stirner..., y Fischer añade que le parece «bárbaro considerar las formas espirituales con semejante miedo mortal», ⁴¹ como justamente hace Stirner. La función de puesta en

39. Die Philosophischen Reaktionäre, cit., p. 412.

40. En «Die Epigonen», iv, 1847, p. 152.

41. Ibid., p. 153.

guardia de su panfleto es aquí evidente: atacando a Stirner, trata de defenderse de la «reacción no de los doctrinarios, sino de los sujetos malvados, toscos y brutales contra los principios de la libertad y su realización en la ciencia, en el arte y en la política».⁴² El cambio de categoría del adversario, de filósofo a delincuente, ya está aquí indicado. Fischer parece querer excusarse por haber dejado creer que Stirner pertenecía, de algún modo, a la historia, aunque fuera de la herejía: «Yo no hablo en general de herejes, y si hablara de ellos no concedería a un hombre como Stirner el honor de considerarlo dentro de esta categoría histórica».⁴³ Las imágenes, como siempre más reveladoras que los conceptos, apuntan rápidamente hacia el salvaje: «La aparente fuerza de estos piratas [Stirner y los llamados sofistas] reside en cualquier ámbito menos en el del pensamiento; se comportan con sus premisas como los Estados predadores con los Estados civilizados».⁴⁴ Delante de este «dogmatismo bárbaro» hay que decir que «no tiene nada en común con el nombre de la filosofía y de la crítica».⁴⁵ Y he aquí finalmente el decreto de expulsión: «Se ha dicho que Stirner sería la punta extrema de la filosofía alemana... Yo diría que Stirner está en la esquina (an der Ecke) de la filosofía alemana». Lo que acompaña con una afilada argucia profesoral: el juego de palabras entre «estar en la esquina» (an der Ecke stehen) y «el que está en la esquina» (der Eckensteher, que también significa «mozo de cuerda»). Así acababa Fischer su sutil polémica llamando a Stirner «ganapán». En el fondo, habría sido más sencillo comenzar por ahí. Porque ahora resultaba claro que el filósofo de los harapos sólo era un harapiento filosofante. Así que, mejor olvidarlo. Lo olvidaron durante cuarenta años.

42. Ibid., p. 154.

43. Loc. cit.

44. Ibid., p. 156.

45. Loc. cit.

Stirner en Rusia

Rusia es el país donde Stirner encontró su terreno más afín. Con prontitud, y con violencia, los personajes más opuestos de los años cuarenta reaccionaron ante *El único*: Belinski, Chomiakov, Bakunin, Dostoievski, Herzen (que recoge con apasionada elocuencia temas stirnerianos en *De la otra orilla*, si bien sólo nombra a Stirner en 1858). Si se piensa en la avidez con que todos los textos filosóficos alemanes eran leídos en aquellos años⁴⁶ –y si se piensa también que justo entonces comenzaba a espesarse la nube nihilista–, resulta inmediatamente natural ver a Stirner en una versión rusa, ambigua, poco de fiar, que le sienta mucho mejor que el lenguaje flácido de los herederos alemanes de Hegel. Bastará entonces abrir por cualquier página las *Memorias del subsuelo* de Dostoievski, donde la voz anónima que habla (y también en este caso se trata de un «asesor de colegio») parece ser inmediatamente la de Stirner (en Stirner habla el subsuelo de la filosofía), o seguir los destinos de Raskólnikov, Kirilov, Iván..., todos ellos personajes sacudidos de diferente manera por el daimon de Stirner. Así resulta lógico que el primero en percibir con claridad el acontecimiento Stirner fuera un ruso, y no evidentemente un devoto de la temblequeante Ilustración occidental, sino incluso el más imponente teólogo de la eslavofilia, Alexéi Chomiakov. Ante *El único*, observó inmediatamente que se trataba de una obra que «tiene un significado histórico, no sólo inadvertido por la crítica sino –debe tenerse en cuenta– inobservado por el propio autor: el significado de la más total y definitiva protesta de la libertad espiritual contra cualquier vínculo arbitrario

46. «Todas las publicaciones, hasta las más insignificantes, que aparecían en Berlín y en las demás prefecturas y capitales de la filosofía alemana, y en las que se mencionaba el nombre de Hegel, eran encargadas y a la vuelta de pocos días eran leídas y releídas hasta tal punto que las páginas se cubrían de manchas y de agujeros y acababan por desencuadernarse». En A. I. Herzen, *My Past and Thoughts*, traducción de C. Garnen, Londres, 1968, vol. ii, p. 398.

e impuesto desde fuera. Es el grito de un alma por la verdad inmoral, pero inmoral sólo en tanto que carente de cualquier apoyo moral, de un alma comprometida incansable, aunque inconscientemente, a proclamar la posibilidad de someterse a un principio del que haya tomado conciencia y en el que haya creído;alzada con indignación y odio contra las prácticas cotidianas de los “sistematizadores” occidentales, los cuales no creen, sino que exigen la fe, crean arbitrariamente unos vínculos y esperan que los demás se adapten humildemente a ellos. La historia contemporánea es un vivo comentario a Max Stirner, una rebelión de hecho de la vida, en su simplicidad, contra la lucubración libresca que proyectó engañarla con los fantasmas de unos principios espirituales creados artificialmente, allí donde han dejado de existir los principios espirituales, de los que vivió efectivamente durante un tiempo».⁴⁷

Stirner redescubierto

Después de 1848 el nombre de Stirner es citado cada vez más esporádicamente. Se convierte en uno de los muchos seres oscuros, aparecidos en un momento –el Vormärz de los jóvenes-hegelianos subversores, aunque con tanta frecuencia asustados de la propia audacia–, que Alemania, ávida y productiva, quiere arrinconar. En 1866 vuelve a hablarse de él, sin embargo, en dos obras de historia del pensamiento destinadas a tener gran influencia: el *Grundriss der Geschichte der Philosophie* de J. E. Erdmann (todo el párrafo 341,4) y la *Geschichte des Materialismus* de F. A. Lange. Y en 1869 Eduard von Hartmann discutiría las ideas de Stirner en su obra más ambiciosa, definiendo El único como «un libro que debería ser leído

47. Sobre la aparición de Stirner en Rusia: en primer lugar los recuerdos de Annenkov, *La importante década 1838-1848*; y abundantes referencias en: T. G. Masaryk, *The Spirit of Russia*, Londres, 1919; P. Scheibert, *Von Bakunin zu Lenin*, Leiden, 1956; M. Malia, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism*, Harvard, 1961; A. Walicki, *Un'utopia conservatrice*, Turín, 1973.

por quienquiera que se interese por la filosofía práctica».⁴⁸ Pero las palabras decisivas serían las de Lange, allí donde habla de El único como la «obra más extrema que conocemos en general».⁴⁹ Años después un joven escocés, John Henry Mackay, se encontrará en el British Museum con el libro de Lange entre las manos, y descubrirá las palabras sobre Stirner. De allí nace una curiosidad que no tardará en transformarse en devoción: «En Mackay, Stirner encuentra al cabo de cerca de medio siglo al primero y más fiel evangelista».⁵⁰ Asistimos así a la formación de una de las muchas paradojas que rodean a Stirner: alrededor del más impío se crea un clima de veneración santurróna, acrítica, insulsa. Durante años, Mackay se arrojaría sobre las huellas de la vida de Stirner, confiando en un dudoso principio: «¿Acaso una vida de tanta grandeza no debe haber sido también una vida de grandes experiencias exteriores?». Pues bien, no. Sucedió así que bien por ineptitud del biógrafo, bien por un cierto carácter irónicamente elusivo que encontramos en todas las manifestaciones de Stirner, los resultados fueron bastante escasos. y cuanto más inciertas eran aquellas huellas, más se abandonaba Mackay a una exaltación pomposa y patética, que tendía también a ocultar la áspera realidad de la vida del héroe. De todos modos, el libro de Mackay es la primera y la única biografía de Stirner hasta el momento.⁵¹ Referencia, por ello, inevitable, no sólo por los datos que ofrece (son pocos, pero casi no tenemos más), sino como monumento de ese culto por Stirner, ingenuo y ampliamente ridículo, del que no tardaría en nacer la figura del «stirneriano», variante del «anarquista individualista».⁵²

48. Philosophie des Unbewussten, Berlín, 1869, pp. 611-12.

49. Geschichte des Materialismus, cit., p. 292.

50. K. Joël, Philosophenwege, Berlín, 1901, p. 229.

51. Max Stirner. Sein Leben und sein Werk, Berlín, 1898: enriquecida después en las siguientes ediciones: Treptow, 1910, y Charlottenburg, 1914.

52. Se pueden encontrar algunos útiles añadidos y correcciones a los datos de Mackay en varias contribuciones del volumen Max Stirner, estudios y documentos recogidos por D. Dettmeiyer, Lausanne, 1979.

Biografía

El elemento más singular que resalta de las investigaciones biográficas de Mackay es la escasez de datos: perdidos todos los manuscritos, muertas o desaparecidas o inalcanzables casi todas las personas que habían conocido a Stirner, no se conservan sus cartas, ni retratos (el único que tenemos fue trazado de memoria cuarenta años después de la muerte de Stirner por la mano del enemigo Engels). Con esfuerzo se ha encontrado una firma suya en un documento. Lo poco que resulta de su vida habla de un estudiante de provincias que llega a Berlín, todavía a tiempo de seguir algún curso de Hegel y Schleiermacher, aprueba sin gran brillantez sus exámenes para ser profesor en los institutos estatales (en los que no ingresará nunca), circula por el grupo de los «Libres», da clases en una escuela privada para muchachas. De sus últimos años todavía se conocen menos detalles: penuria, habitaciones amuebladas, prisión por deudas (dos veces), la humillación de un anuncio publicado en la «Vossische Zeitung» con la reclamación de un crédito, la muerte ignorada... Los nuevos adoradores de Stirner encontrarían muy pocas reliquias. Las recogidas durante años y años por Mackay, inútilmente ofrecidas a las autoridades de Berlín, las adquirió en 1925, por una suma muy modesta, el Instituto Marx-Engels de Moscú (hoy Instituto de Marxismo-Leninismo) en cuyo enfer siguen –presumiblemente– yaciendo. En esto, por lo menos, los soviéticos han sido indudablemente fieles a Marx y a Engels.

Stirner y Nietzsche

Stirner es redescubierto en los años noventa en la estela de la repentina fortuna de Nietzsche. Y no tarda en articularse una disputa que proseguirá después durante años. Hay quien afirma que Nietzsche ha sacado muchas, demasiadas ideas de Stirner, sin citarlo nunca. Hay quien niega que Nietzsche haya